

# Naldo Labrin: Un destino musical

Elsa  
JASCALEVICH

No debe andar el mundo con el amor descalzo  
enarbolando un diario como un ala en la mano,  
trepándose en los trenes, canjeándonos la risa  
golpeándose el pecho con un ala cansada,  
no debe andar la vida, recién nacida a precio,  
la niñez, arriesgada a una estrecha ganancia,  
porque entonces las manos son dos fardos  
y el corazón, apenas una mala palabra.  
A esta hora exactamente,  
hay un niño en la calle...

Armando Tejada Gómez

“**E**n estos días se habla mucho de la música comprometida o del canto político. Creo que hay mucha gente que lo hace y lo hace bien; en cierto modo cumple una función, pero no olvidarse que son creaciones contingentes, son creaciones que creadas por una coyuntura van a durar poco tiempo. Tampoco es casual que alguna gente dudosa frente a los medios de comunicación la apoye, la apoye para hacer canto panfletero. No hay que confundirse con eso. No hablo sólo de los que crean, sino de los que oyen: las multitudes, que se enardecen con alguna canción. En este momento, una canción a Nicaragua, enardece mucho y es correcto, porque es una situación real, que existe... El problema es cuando se está cantando a deseos de expresión más que nada. Y si lo analizamos más profundamente, no creo que una canción directa le pueda enseñar mucho a un combatiente sandinista porque éste lo está viviendo en carne propia. De pronto, ese hombre necesita una canción que lo afirme vitalmente, que no tan sólo le diga “Toma el fusil”, “abajo con el yankee”. Creo que necesita una canción que esté comprometida con los hechos del hombre y con lo profundo de él no sólo con el hecho exterior”.

Pálido, de barba incipiente, de ojos oscuros con las uñas crecidas pues así puede sacar mejores acordes de la guitarra, Naldo se enfrenta al reportaje como a un pentagrama. No es fácil hacerlo hablar. Se expresa con pausas (1) y con tonada provinciana. Apenas ha cumplido treinta y cuatro años y son muchos los que transita por el papel pautado. Oficio que ha aprendido en los fogones de paisanos gauchos que orillaron su infancia, en las retretas y en las fiestas del pueblo, en haber oído quedamente los acordes de la guitarra, en repiquetear de sus pies cuando sonaba una cueca, en haber concebido, casi sin saberlo, que su vida se desgranaba como una profunda escala musical.

“Yo, siempre practiqué una especie de autodefensa para la canción política. Si a un hombre de campo, se le hace escuchar una entiendo poco y nada. Pero si en cambio se le canta una canción del pueblo, sí la entiendo, porque tiene que ver más con sus raíces, no tiene una actitud pensada ni intelectual. En cambio, cuando escucha tonadas de su región, sí las oye con atención porque en ellas está su lenguaje, su mundo, lo que él ha vivido, lo que él es en esencia. Y es sabio ese pueblo. Cuando un músico sabe las tonadas de su tierra, sus costumbres, digamos los ritos, las tradiciones, está mucho más cerca de hacer música para su país”.